

Discurso "Pasado, Presente y Futuro de los Doctorados, una perspectiva de Universidad".

Salón de Honor

25.VIII.93

Les agradezco su presencia en esta ceremonia. No crean que esta es una frase de buena crianza, sino que les pido que la tomen en toda su significación y peso, porque nos acompañan en una de las cosas más importantes que puede hacer una universidad, cosa en la cual ustedes son ciertamente protagonistas, pero en la cual se expresa una dimensión esencial de la universidad tan descuidada, y por tanto tiempo tan descuidada entre nosotros. Todos sabemos que la entrega o colación de los grados de doctor ha sido desde antiguo una ocasión señalada en la vida de las universidades. No ha ocurrido así entre nosotros, y me atrevo a pensar que una de las razones por las que no ha ocurrido es porque hablamos mucho de la universidad, pero no nos detenemos suficientemente a pensar qué cosa es lo fundamental en ella, y no lo hacemos evidente, público.

La universidad tiene que enseñar, y tiene que enseñarle, no sólo a sus miembros, sean ellos alumnos o docentes, sino también al público, al mundo que la rodea, cuál es el sentido y el valor de su acción. Nos juntamos aquí para hacer manifiesta la ligazón entre la universidad y la ciencia, esa ligazón que está en el origen de la vida universitaria, que es la más clara de sus razones de existencia y que es lo que le ha dado el peso que ha tenido a través de siglos de historia. No es por cierto que no se pueda hacer ciencia en otro sitio que no sea una universidad. Lo que es peculiar en esta, es que en una corporación vuelta hacia las cosas del espíritu se puede gestar y transmitir de generación en generación una verdadera sabiduría, que se nutra de las ciencias particulares que son su riqueza y su sostén, pero que las trascienda en busca de una integración que le dé sentido a la existencia humana individual y colectiva.

La universidad europea nació en un tiempo en que, por razones históricas que no vale la pena analizar aquí, se generó una desbordante ansia de conocimiento. El llamado Renacimiento del siglo XII vino a hacer imposible la milenaria relación de maestro a discípulo, aunque no fuera sino por el número tan crecido de los que buscaban aprender, y vino a empujar fuera de los límites de los claustros conventuales o catedralicios a nuevas formas de búsqueda intelectual que se habían generado a partir de ellos, constituyéndose en el seno y estilo de la sociedad medieval esta nueva corporación, esta nueva "universitas", brotada así como lo ha recordado recientemente S.S. Juan Pablo II "del corazón de la Iglesia".

Un producto profundamente propio, y novedoso de la universidad originaria, fué el grado de doctor. Con los cambios de matices que la historia introduce, el producto se ha mantenido hasta hoy como la coronación de la vida universitaria, no sólo como una

distinción a los que lo reciben, sino como una expresión de la vitalidad de la institución que lo otorga.

El grado de doctor acredita que una persona ha realizado, y por lo tanto se halla en condiciones de realizar, contribuciones significativas al conocimiento humano, por el camino metódico de la investigación. Ello comprende entonces, la doble dimensión del dominio de métodos y técnicas y de la capacidad de inventiva y fantasía que son necesarias para lograr que tales métodos deriven en aportes novedosos.

El grado de doctor tiene un sentido social que fué descubierto en la Edad Media al inventarlo, pero que debemos siempre resaltar de nuevo. Porque él no es ciertamente ciencia o sabiduría, sino que es un testimonio, una certificación social de esas condiciones.

Esa novedad universitaria cambió la historia de Europa. Porque es obvio que la Edad Media no inventó la ciencia, ni siquiera la enseñanza de la ciencia. Desde la más remota antigüedad, la transmisión de formas especialmente valoradas del saber, ha estado confiada a grupos sociales de índole variada. En nuestro horizonte cultural, la Academia o el Liceo, la escuela de Pitágoras, y muchas otras ilustraron desde la Antigüedad la voluntad de elaborar y transmitir el conocimiento, así como la consideración de esa tarea como algo de especial valor para la sociedad humana.

Hay también profesiones que - en la forma en que han florecido entre nosotros - están ligadas a escuelas que de generación en generación perfeccionaban y traspasaban un saber. Ese fue el sentido de los grupos médicos que bajo el nombre de Hipócrates florecieron en Cos, o de las escuelas jurídicas del Imperio que ejercieron una influencia decisiva en la Europa de Justiniano. La teología cristiana que buscó precozmente las formas de la sabiduría profana para expresar las verdades de la Revelación asumió, también el carácter de una sabiduría formulada en los conceptos de la época, y transmitida en las escuelas catedráticas y conventuales, de modo que pasara por un proceso de elaboración en el que fuera iluminadora para el entendimiento humano, y al mismo tiempo pudiera ser acogida por éste. Ese carácter propio de la fe cristiana fue sintetizado por San Anselmo en la frase famosa de "fides quaerens intellectum", que expresó una concepción determinante en la historia cultural de Europa.

Pero dentro de todo ese devenir cultural, hay un instante crucial en la historia del Occidente cristiano que es el de la creación de las universidades, donde se intentó por medios y con éxitos variables, unir la teología, el derecho y la medicina con las "artes", o sea con esa forma peculiar de articulación que desde la antigüedad clásica había tomado la enseñanza de la sabiduría profana fundamental, aquella que estaba

destinada a educar al hijo, al "liber", las llamadas artes liberales. La Edad Media que pensó mucho más en términos sociológicos que en términos filosóficos, juntó los saberes socialmente importantes, y les dió nacimiento a esas corporaciones peculiares, las universidades y los colegios, que no inventaron por cierto la tarea del cultivo y la transmisión del saber, sino que le dieron un peso social incomparable, peso del cual eran conscientes, no sólo los papas, los emperadores y los reyes, y los gobiernos de las ciudades, sino que hasta el más mínimo miembro de la corporación de escolares y maestros. No fue un teórico de la universidad, ni un sabio deslumbrante, aquel cronista de la Universidad de París Guy de Bazoches que al referirse al fenómeno que ocurría entre los dos brazos del río Sena, a la sombra de la catedral de Notre Dame, podía decir orgullosamente que " en esta isla de reyes....la filosofía se hizo desde antiguo un solio..." Y para intelectuales del medioevo, la Universitas, era junto al Sacerdotium y al Imperium, uno de los tres elementos decisivos que sostenían a la sociedad.

Pero ¿por qué evocar esto aquí, hoy día?. Pues simplemente porque fue la misma sociedad medioeval la que realizó la invención decisiva que habría de darles una fuerza social ecuménica a los estudios que en las universidades se realizaran, y a permitir que cada una de estas llegara a ejercer una influencia sobre todo el orbe conocido, a través de sus estudios. Ese invento, también típicamente medioeval, fue el de los grados académicos, por virtud de los cuales un doctor de Bolonia o de París, pasaba a ser un personaje europeo, y del mismo modo, gradualmente, en formas más circunscritas, los doctores de las universidades que fueron emergiendo y que fueron recibiendo del papado el carácter de "studia generalia".

La idea de que una persona pudiera acreditar de modo fidedigno sus conocimientos aun en sitios muy distantes de aquel donde los adquirió, tuvo una importancia decisiva en la difusión del conocimiento, y más que eso en la creación de un mundo cultural que traspasaba las cambiantes y accidentadas fronteras políticas de su siglo.

Desde sus inicios entonces, el grado de doctor, es otorgado por una universidad, pero en cierta forma él pertenece a toda la comunidad de los que saben, es "recibido" por ella. Hasta el día de hoy se habla de que alguien "se recibe" de tal o cual oficio o profesión: es como un resto arqueológico conservado en el lenguaje, de la época en que los "doctores" eran "recibidos" como miembros, en el "colegio de doctores" y por lo tanto recibidos con los honores y reconocimiento del caso en cualquier colegio de doctores de la cristiandad, por mucho que, celosas en ese tiempo (como lo son hoy día), universidades de más venerable antigüedad, tales como París y Bolonia se reservaran el derecho de no reconocer o recibir a cualquiera, de donde se repite reiteradamente en las bulas papales de erección de universidades, la frase ritual de que sus doctores gozarán de todo privilegio en toda universidad, "Parisiis et Bononiis dumtaxat exceptis", "con la expresa excepción de París y Bolonia". Los seres humanos cambian poco.

Pero aun esa pequeñez hacía resaltar que, de todas las riquezas que pudiera tener una universidad, la mayor es ésta, y por lo mismo, de todos los pecados que ella pudiera cometer, el peor era este, de entregar doctores que no fueran una adquisición genuina para la comunidad intelectual en el mundo.

La otorgación del grado de doctor compromete la fe pública en una medida muchísimo mayor que cualquiera otra que pudiera manejar una universidad, por la muy poderosa razón de que el grado de doctor sigue siendo una acreditación ante la comunidad intelectual de todo el mundo. Hay muchas cosas que se le han criticado a la legislación universitaria que nos rige, y hay más de alguna que se ha criticado con razón. Pero en justicia, hoy día, habría que recordar que cuando la ley chilena le impone al grado de doctor la obligación previa de una tesis que sea una contribución original al saber, ella lo está situando en lo mejor de la tradición universitaria.

Los saberes se han diferenciado tanto, hay tantas exigencias sociales a las que una universidad debe responder, que se hace difícil, si no imposible exigirles a todas sus actividades el mismo nivel de rigor intelectual y de creatividad. Pero hay un punto en el que no se debe transar, y ese es precisamente el del máximo grado que la universidad otorga, porque es ese grado el que marca el sentido, y da la medida más auténtica de la institución universitaria. Porque ese grado no le pertenece en rigor a la universidad, ni siquiera al país. Repito que, sin querer aparecer pretencioso, le pertenece en derecho a la comunidad académica mundial.

Todas estas evocaciones del pasado, así como el relato de las intenciones que han animado a los doctorados en las diversas épocas de la historia universitaria, no deberían hacernos olvidar las innumerables fallas y caídas que muestra la institución universitaria a lo largo de su historia: los doctorados comprados y vendidos, los doctorados concedidos por razones enteramente ajenas al mérito intelectual, los doctorados productos de épocas de postración intelectual de las universidades como los que evocaba de modo inolvidable la sátira de Molière, los doctorados ejemplos de pedantería académica como los que abrumaban el ánimo de Fausto en la tragedia de Goethe. Ser doctor no es ser sabio, y ciertamente hay muchos sabios que no son ni serán jamás doctores. Pero si uno lo piensa un poco, eso que ocurre con los grados académicos y con el esfuerzo académico en general, es exactamente paralelo a lo que ocurre con las mejores de entre las cosas humanas. Cuántos objetos y cuántas acciones envilecidas se han cubierto con los nombres de amor, de religión, de sabiduría, hasta de Dios. Mientras más alta sea la aspiración que refleja un nombre, más seguro puede uno estar de que ella ha sido deformada, rebajada, enturbiada en el curso de la historia. Y parte del esfuerzo humano consiste en rescatar una y otra vez esos significados, la dignidad de esos conceptos, y en proponerlos de nuevo en su pristina pureza.

Por eso no tengo ningún miedo de decir que lo que queremos de nuestros doctorados es que ellos enriquezcan con su presencia y su trabajo a la comunidad académica y científica del mundo entero.

Hay también razones de orden práctico y actual para que no renunciemos a esa aspiración. En un mundo que se abre y donde caen las fronteras, el esfuerzo científico se ha hecho planetario, y del esfuerzo científico en todas las disciplinas, en las humanísticas, en las ciencias naturales, en las tecnologías, depende el futuro de esa porción de la comunidad planetaria que constituimos nosotros.

Y esta es otra poderosa razón para darle relieve a la otorgación de nuestros doctorados. Porque dicho sencillamente, queremos recordarle a nuestra comunidad nacional que la ciencia le es indispensable, no es un bien del que pueda prescindir. Si no se lo recordamos nosotros ¿Quién lo va a hacer entonces?. Y si la comunidad nacional tiene algún respeto, alguna consideración por la labor que en ella hacen universidades como la nuestra ¿Qué cosa podrá haber más sana, más necesaria que decir en alta voz que pensamos que la ciencia, el conocimiento, es un bien irrenunciable para el ser humano? ¿Cómo no pedirle que nos crean cuando les decimos invocando para nuestra credibilidad el mérito de tanto trabajo de formación profesional, de servicios, de investigaciones aplicadas, que todo eso tendrá su fundamento en la ciencia o no tendrá ninguno, y se marchitará sin remedio? Y al solemnizar la entrega de estos grados, lo que estamos haciendo es exponiendo ante el público lo más esencial de nuestra tarea y vocación, y además mostrando la posibilidad más cierta y urgentemente necesaria de servicio público que podríamos tener.

Porque vivimos bajo una fuerte preocupación. ¿Qué pasa con nosotros en Chile, que son tan pocos los que buscan saber, los que son capaces de sentir el atractivo de la ciencia?. ¿Cuál es la falla de nuestra sociedad, de nuestra universidad chilena, de nuestra educación nacional, que nos impide contar con muchísimos más candidatos a doctores, doctores, científicos en todos los campos?.

La estructura social no da lugar suficiente a aquellos que se dedican a la ciencia, los agentes sociales no entienden el valor realmente excepcional que puede tener una mente profundamente entrenada en lo científico. Y esa falta de apreciación social repercute hacia atrás y descorazona a muchos que podrían estar dispuestos a poner sus vidas en la ciencia. No sacamos nada con tener buenos grupos de investigación que serían capaces de dar la formación avanzada que un doctor requiere. Incluso no es suficiente poder proporcionar las becas que son indispensables para estudios prolongados de postgrado. Nada de eso puede suplir al interés por la ciencia, que debiera despertarse ya en la adolescencia, incluso en la niñez.

Nos sentimos entonces haciendo un acto de docencia. Porque la universidad no puede rehuir su propia responsabilidad. Ella no debe limitarse a enseñar a sus alumnos, a

sus estudiantes. Ella debe dar un testimonio público del valor singular que tiene la ciencia, del valor que la institución universitaria le asigna a la ciencia bien hecha.

Ese es el sentido profundo de esta ceremonia. No son muchos los doctores; pero ellos son el mejor fruto que la universidad puede mostrar de sus esfuerzos. Al honrar a los doctorados, la universidad quiere decir enfáticamente que aquí está el sentido profundo de su acción: formar hombres y mujeres auténticamente versados en la ciencia, capaces de hacer contribuciones originales al saber humano.

A nuestros doctores los felicito cordialmente. Les digo que aparte de lo que en su vida personal signifique este grado, su esfuerzo para obtenerlo es una lección para su generación, un estímulo para los que vienen detrás, y una valiosa recompensa para nosotros. Al recibirlos formalmente como doctores de esta Universidad, quiero que mis palabras suenen como una cordial y fraternal bienvenida.